

vera algo ese roce cortesano que tanto ablanda las voluntades de los hombres. Pero lo cierto es, que los individuos del Senado disientan de todo en todo por sus apreciaciones políticas, y por sus ideas sobre aquella cuestión en que debían pensar más uniformemente desde que lo elevaron en Roma casi casi á la altura de un dogma. Si no recuerdo mal, en el Syllabus condenaba el Papa como relapsos á los que creyeran posible su renuncia á una partícula del patrimonio pontificio. El arzobispo de París debe felicitarse de que no estemos en aquellos tiempos del siglo XVI, en que un Papa llamaba á sí todo un arzobispo de Toledo, como Carranza, y lo entregaba á todo un tribunal como la Inquisición. Pero lo más notable de esta controversia senatorial fué el discurso del marqués de Moustier, ministro de Negocios Extranjeros. Y no fué notable por su forma oratoria, ni por sus elevadas ideas. El marqués de Moustier no ha sido nunca orador. Es muy diferente hablar desde un sillón diplomático á hablar desde la tribuna de un Senado ó de un Congreso. Además, la cuestión era tan grave, que el ministro de Negocios Extranjeros no podía explicarse con claridad, ni fácilmente. Y por consecuencia, el Imperio y Francia andaban á tientas, entre las tinieblas, sin saber cómo resolver ese nuevo conflicto que brillaba en la oscuridad con el siniestro y tétrico fulgor de las grandes tempestades.

Llega la hora en que salen las tropas francesas de Roma en virtud de la convención llamada de Setiembre, y en que Roma se agita por su libertad y por su unidad Italia. Garibaldi representa como siempre esta agitación. Las tropas francesas son sustituidas por una legión llamada de Antibes y compuesta en su mayoría de legitimistas franceses. Los italianos dicen que esta es una intervención extraña é indirecta y protestan contra ella. Ricasoli cae por sus tendencias á la dictadura ministerial y por su capacidad en la gestión administrativa. Rattazzi le sucede y trata de

impedir con halagos la expedición á Roma que Garibaldi idea con entusiasmo. El antiguo dictador sale de su isla, toca en tierra firme, remueve los ánimos, subleva las ciudades, se dirige amenazador á Roma. Rattazzi le detiene y por Italia se extiende una sublevación moral. Tener á Garibaldi preso, es como tener presa á la Italia. La nación forcejea como en los tiempos más adversos. Garibaldi es conducido á su isla y guardado por una escuadra italiana. Pero Garibaldi pasa en una lanchilla; aborda á un buque norte-americano; monta, se dirige á las costas, desembarca, corre por aquellas campiñas, subleva á los pueblos, reanima á los suyos y los conduce en Monte-Rotondo á una victoria que parecería legendaria en el tiempo de leyendas. Jóvenes desnudos, hambrientos, desarmados; después de marchas fabulosas, combaten cuarenta horas en escarpadísimas montañas, desde cuyas cimas fortificadas vomita sobre ellos la artillería con rabia el espanto y la muerte; y concluyen por plantar, subiendo unos sobre los cadáveres de los otros, en las torres casi inexpugnables, la bandera de Italia. El sentimiento nacional crece, llega al delirio. El rey nombra ministro á Menabrea. Es un antiguo saboyano, honrado por carácter, frío por temperamento, devoto, como nadie en Italia de la reacción clerical, y amigo del gobierno francés. Su nombramiento es un desafío al pueblo italiano. Florencia se conmueve profundamente. Las calles se llenan de gentes que llevan banderas, en cuyos pliegues van escritas estas palabras: *abajo el gobierno y á Roma*. Algunos gritos se oyen también de: *Viva la República*. Víctor Manuel se escapa casi de Florencia y se refugia en Turin. Pero al llegar, oye los mismos gritos pero más acentuados, más amenazadores. En Nápoles, la sublevación moral es unánime. En Génova, la policía tiene que trabajar mucho para impedir al pueblo derribar las estatuas de Víctor Manuel en la plaza pública.

La nación italiana puede indignarse; pero el gobierno francés envía sus tropas. Entonces ese mismo ministerio Menabrea, que tantas consideraciones ha guardado á los clericales, decide á su vez intervenir en los Estados Pontificios, y manda á sus tropas que pasen la frontera. La decisión es tardía, porque nada evita, ni la marcha de Garibaldi ni la marcha de las tropas francesas. Además, mientras estas se adelantan hasta entrar en Roma, las tropas italianas parece que se han evaporado, pues nadie sabe dónde se encuentran. La noticia de la decisión del gobierno italiano, cae como un rayo sobre la frente del gobierno francés. *La Patrie*, uno de sus periódicos oficiales, llama á este acto del gobierno italiano, que le imponían todos sus deberes, una declaración de guerra á Francia. Aunque *El Constitutionnel* desautoriza esta interpretación, se ve bien claro que el gobierno francés se halla decidido á jugar el todo por el todo, y á correr hasta el riesgo de una guerra europea. Impulsa la política contra Roma, un clerical, Menabrea; toma el mando de un ejército que va á cumplir una obra revolucionaria, un reaccionario, Cialdini. Garibaldi se fortifica en Monte-Rotondo y no quiere oír al gobierno italiano que le pide se someta á su dirección.

¿Qué saldrá de aquí? preguntaba todo el mundo. Es una cuestión pavorosa esta cuestión de Roma, respondía la conciencia pública. El Papa no consentirá nunca en que le arrebatan el poder temporal. A todo arreglo político, ó diplomático, responderá vibrando los rayos de la excomunión en sus caducas manos. Italia no puede ya retroceder, tiene que ir hasta Roma. Si vacila Víctor Manuel un punto, perderá su corona, arrancada de sus sienes por la revolución. Francia no puede retroceder tampoco. El negociar casi no cabe, cuando se hallan los dos gobiernos con las armas en la mano. Un congreso europeo es una utopía. Las más grandes potencias de Europa son protestantes,

como Prusia é Inglaterra, ó cismáticas como Rusia, ó enemigas del poder temporal de los Papas como Italia. Francia tendría entonces que retroceder ante Europa. Mientras tanto Bismark se aprovecha de las tristes complicaciones de la política francesa para intervenir en el Sur con su poderosa influencia, y forzar al Wurtemberg y á Baviera á que acepten la unidad económica después de la unidad militar hasta que llegue el día de realizar la unidad política y administrativa.

En medio de todas estas tempestades se destaca la gran figura de Garibaldi. Él no ha medido las dificultades, no ha pensado en los obstáculos; inspirándose en su fé maravillosa y en su amor á la patria, se ha lanzado sin armas en medio de la revolución. El antiguo dictador vuelve á la isla de Caprera, no en aquella sencilla nave en que cruzaba el golfo de Nápoles cuando arrojó á los pies de Víctor Manuel la corona de Italia que no habían podido forjar quince siglos de guerras y de revoluciones, sino prisionero de ese mismo rey, en una nave del Estado. Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, á la verdad, no puede ninguno de ellos dudar, que ora sea una serie de faltas, ora sea una serie de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria. Nacido entre el Mediterráneo y los Alpes, su alma tiene algo de la poesía de aquella hermosa naturaleza. Criado en el mar; acostumbrado á vencer sus olas, y sus huracanes, á deslizarse sobre los abismos, á recoger en la vela para marchar el mismo viento que parece venir á combatirlo, cree, como todo marino intrépido, que ninguna fuerza social puede resistirse al que ha vencido los elementos. Los hombres muy dados al mar, toman esa especie de carácter romántico que dan los horizontes incommensurables, las luminosas estelas, el hervidero de las blancas espumas, la palpación del oleaje, los mundos embrionarios que hay en esos gérmenes de nuevos séres,

los movimientos concertados de los astros que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave, el estruendo de los huracanes, azotando las alteradas aguas, en fin, la realización visible, palpable de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los días más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus rios que parecen mares, en aquella especie de exaltacion de la vida en infinitos seres que tanto contribuye á exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su patria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religion para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo, y caido el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pio IX, convertido al liberalismo, salvaria su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignacion de los mártires; su rubia melena y su no ménos rubia barba, surcada por algunas blancas canas le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él lo que querais; pero no dudeis que por su ingenuidad y por su candor, se distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas, ese marino, ese guerrillero que tiene una sola passion en el corazon, y ese mismo corazon

siempre en los lábios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata, que vino en alas de su amor pátrio á luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independenciam; que fué de Caprera á Palermo, y de Palermo á Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que despues de haber levantado con los conjuros de su génio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le habia dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su ideal, á dar su vida por todos los oprimidos, y á pelear contra todos los opresores.

La cuestion de Italia contribuyó en mucho al descrédito y á la ruina del tercer Imperio. En medio de sus protestas de libertad fomentaba la reaccion. En medio de sus alardes de patriotismo, humillaba á Francia. El César que se mostraba humilde ante las escuadras de América y los ejércitos de Prusia, mostrábase valerosísimo ante los voluntarios de Garibaldi. La nacion de Voltaire sostenia al Papa de Roma. El general enviado á esta empresa habia avisado por telégrafo, contando los defensores de la libertad muertos por los disparos franceses, que los nuevos fusiles habian hecho milagros. La irritacion era inmensa, indescriptible; y se oian palabras de venganza en todos los lábios, y se veian relámpagos de revolucion por todos los horizontes.

CAPITULO LII.

LA CAMPAÑA ITALIANA EN EL CUERPO LEGISLATIVO.

La verdadera batalla sobre la cuestion de Roma se dió en el Cuerpo legislativo, cuerpo esencialmente democrático por su origen, como dimanado del sufragio universal, pero esencialmente conservador por sus tendencias como devoto al Imperio. La discusion comenzó de una manera muy grave, muy solemne. Pocas veces el Cuerpo legislativo ha presentado un aspecto tan imponente. Mr. Jules Favre sube á la tribuna. Su rostro está pálido, su paso es vacilante; grande preocupacion agita su espíritu, pero su palabra sale serena, fluida, trasparente como un profundo rio de ideas que nace al pié de elevadas montañas. El discurso de Favre no tiene, al principio, esa agitacion nerviosa que dá escalofrios; no tiene esa poesia con que la elocuencia alcanza los efectos de la música; no tiene esa elevacion de pensamientos que provoca á las grandes meditaciones; pero tiene la severidad, el nervio, la lógica, la sencillez y la grandezza de una acusacion elocuentísima. Sus palabras, al tocar la grave cuestion de Roma, adquieren una solemnidad extraordinaria,

porque en el fondo de su corazon el orador republicano es religioso, y en su conciencia aún tiene algo de teólogo. La diction es severa, el estilo sóbrio, la dialéctica contundente. la idea elevada, la intencion profunda; y en algunos momentos, sobre todo cuando la indignacion habla, toma toda su arenga la solemnidad majestuosa de una gran tormenta. Voy á ver si me es posible resumir en breves conceptos sus principales argumentos. La primera expedicion á Roma tuvo en su origen por objeto defender Italia contra el Austria. El ministro de Francia declaró ante la Asamblea nacional que jamás cometeria la República francesa el fratricidio abominable de aniquilar la República romana. Pero la República romana fué aniquilada, y el Papa re- puesto en su trono. Entonces Napoleon Bonaparte, á la sazón presidente de la República, escribió una carta al embajador en Roma diciéndole que, al reponer el Pontificado en el sólio temporal, deshecho por las revoluciones, de ninguna manera habia sido su ánimo restaurar el absolutismo teocrático, y por